

¿QUÉ SIGNIFICA SER COMUNISTA? [RESISTENCIA AL FACISMO]

El historiador británico Eric Hobsbawm suministra un interesante enfoque de la conducta y rol del comunista europeo en circunstancias dramáticas. Ayuda a precisar qué es o qué significa ser comunista.

El texto siguiente fue extraído de su "*Historia del siglo XX*", traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carmen Castells, 9ª edición en castellano, Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, 2006, págs. 170 a 173.

"...los alemanes no pudieron distanciarse del período nazi de 1933-1945 porque apoyaron firmemente a su gobierno hasta el final. Los miembros de la resistencia interna, una minoría formada por militantes comunistas, militares conservadores prusianos y disidentes religiosos y liberales, habían muerto o volvían de los campos de concentración. A la inversa, a partir de 1945 el apoyo al fascismo o el colaboracionismo con el ocupante dejaron fuera de la vida pública durante una generación a quienes los habían practicado. No obstante, la guerra fría contra el comunismo ofreció a estas personas no pocas oportunidades de empleo en las operaciones militares y de inteligencia clandestinas de los países occidentales¹.

La segunda observación acerca de los movimientos de resistencia es que, por razones obvias —aunque con una notable excepción en el caso de Polonia—, se orientaban políticamente hacia la izquierda. En todos los países, los fascistas, la derecha radical, los conservadores, los sectores más pudientes y todos aquellos cuyo principal temor era la revolución social, simpatizaban con los alemanes, o cuando menos no se oponían a ellos. Lo mismo cabe decir de algunos movimientos regionalistas o nacionalistas minoritarios, que siempre habían estado en la derecha

¹ El grupo secreto armado de orientación anticomunista, que, desde que su existencia fuera revelada por un político italiano en 1990, se conoció con el nombre de *Gladio* (la espada), se creó en 1949 para prolongar la resistencia interna en varios países europeos tras la ocupación soviética, si ésta llegaba a producirse. Sus miembros eran armados y pagados por los Estados Unidos, entrenados por la CIA y por fuerzas secretas y especiales británicas, y su existencia se ocultó a los gobiernos en cuyos territorios operaban, con la excepción de un número muy limitado de personas. En Italia, y tal vez también en otras partes, estaba constituido originalmente por fascistas que las potencias del Eje habían dejado como núcleo de resistencia y que luego fueron revalorizados por su condición de fanáticos anticomunistas. En los años setenta, cuando se disipó el temor de una invasión del ejército rojo, incluso en el seno del servicio secreto norteamericano, los «gladiadores» encontraron un nuevo campo de actividad como terroristas de derechas, en ocasiones haciéndose pasar por terroristas de izquierdas.

ideológica y que esperaban obtener algún beneficio de su colaboración. Tal es el caso especialmente del nacionalismo flamenco, eslovaco y croata.

Muy parecida fue la actitud del sector de la Iglesia católica del que formaban parte los anticomunistas más intransigentes. Ahora bien, la posición política de la Iglesia era demasiado compleja como para poderla calificar simplemente de «colaboracionista» en ninguna parte. De lo dicho se desprende que los elementos de la derecha política que participaron en la resistencia eran realmente atípicos en el grupo al que pertenecían. Winston Churchill y el general De Gaulle no eran exponentes típicos de sus familias ideológicas, aunque es cierto que para más de un tradicionalista visceral de derechas con instintos militaristas, el patriotismo que no defendía la patria era simplemente impensable.

Esto explica, si es que necesita ser explicado, el considerable predominio de los comunistas en los movimientos de resistencia y el enorme avance político que consiguieron durante la guerra. Gracias a ello, los movimientos comunistas europeos alcanzaron su mayor influencia en 1945-1947. La excepción la constituye Alemania, donde los comunistas no se recuperaron de la brutal decapitación que habían sufrido en 1933 y de los heroicos pero suicidas intentos de resistencia que protagonizaron durante los tres años siguientes. Incluso en países como Bélgica, Dinamarca y los Países Bajos, alejados de cualquier perspectiva de revolución social, los partidos comunistas aglutinaban el 10-12 por 100 de los votos, mucho más de lo que nunca habían conseguido, lo que les convertía en el tercer o cuarto grupo más importante en los parlamentos nacionales. En Francia fueron el partido más votado en las elecciones de 1945, en las que por primera vez quedaron por delante de sus viejos rivales socialistas. Sus resultados fueron aún más sorprendentes en Italia. El Partido Comunista italiano, que antes de la guerra era un pequeño partido acosado, con poca implantación y clandestino —de hecho la Comintern amenazó con su disolución en 1938—, había pasado a ser, después de dos años de resistencia, un partido de masas con 800.000 afiliados, que muy poco después (1946) llegarían a ser casi dos millones. En los países donde el principal elemento en la guerra contra las potencias del Eje había sido la resistencia interna armada —Yugoslavia, Albania y Grecia—, las fuerzas partisanas estaban dominadas por los comunistas, hasta el punto de que el gobierno británico de Churchill, que no albergaba la menor simpatía hacia el comunismo, trasladó su apoyo y su ayuda del monárquico Mihailovic al comunista Tito, cuando se hizo patente que el segundo era mucho más peligroso que el primero para los alemanes.

Los comunistas participaron en los movimientos de resistencia no sólo porque la estructura del «partido de vanguardia» de Lenin había sido pensada para conseguir unos cuadros disciplinados y desinteresados, cuyo objetivo era la acción eficiente, sino porque esos núcleos de «revolucionarios profesionales» habían sido creados precisamente para situaciones extremas como la ilegalidad, la represión y la guerra. De hecho, «eran los únicos que habían previsto la posibilidad de desencadenar una guerra de resistencia» (M. R. D. Foot, 1976, p. 84). En ese sentido, eran diferentes de los partidos socialistas de masas, que no podían actuar

fuera de la legalidad —elecciones, mítines, etc.—, que definía y determinaba sus acciones.

Ante la conquista fascista o la ocupación alemana, los partidos socialdemócratas tendieron a quedar en hibernación, de la que en el mejor de los casos emergieron, como en Alemania y Austria, al terminar el período fascista, conservando a la mayor parte de sus seguidores y dispuestos a reanudar la actividad política. Aunque participaron en los movimientos de resistencia, hubo razones estructurales por las cuales tuvieron poco peso en ellos. En el caso extremo de Dinamarca, cuando Alemania ocupó el país estaba en el poder el Partido Socialdemócrata, que *permaneció en el poder* durante toda la guerra, pese a que presumiblemente no sentía simpatía alguna hacia los nazis. (Tardaría varios años en recuperarse de las consecuencias de ese hecho.)

Dos rasgos adicionales, su internacionalismo y la convicción apasionada con la que dedicaban sus vidas a la causa (véase el capítulo II), ayudaron a los comunistas a alcanzar una posición preeminente en la resistencia. Gracias al primero pudieron movilizar a los hombres y mujeres más inclinados a responder a un llamamiento antifascista que a una causa patriótica. Así ocurrió en Francia, donde los refugiados de la guerra civil española fueron el núcleo mayoritario de la resistencia armada en el suroeste del país —unos 12.000 miembros antes del día D (Pons Prades, 1975, p. 66)— y donde los refugiados y trabajadores inmigrantes de 17 naciones realizaron, bajo la sigla MOI (Main d'Oeuvre Immigrée), algunas de las acciones más arriesgadas que llevó a cabo el partido, como el ataque del grupo ManoLichian (armenios y judíos polacos) contra los oficiales alemanes en París².

El segundo de esos rasgos generó esa mezcla de valentía, espíritu de sacrificio y determinación implacable que impresionaba incluso a sus enemigos y que tan vívidamente refleja ese compendio de sinceridad que es la obra del yugoslavo Milovan Djilas *Tiempo de guerra* (Djilas, 1977).

A juicio de un historiador de talante político moderado, los comunistas se contaban «entre los más valientes de los valientes» (Foot, 1976, p. 86) y aunque su disciplinada organización aumentaba sus posibilidades de supervivencia en las prisiones y en los campos de concentración, sufrieron bajas muy cuantiosas. El recelo que suscitaba el Partido Comunista francés, cuya dirección era contestada incluso por otros comunistas, no desmentía su afirmación de ser *le parti des fusillés*, con casi 15.000 militantes ejecutados por el enemigo (Jean Touchard, 1977, p. 258). No es sorprendente que tuviera una gran ascendencia sobre los hombres y mujeres más valientes, especialmente los jóvenes, y sobre todo en países como Francia o Checoslovaquia, en los que la resistencia activa no había encontrado un apoyo masivo. Ejercían también un fuerte atractivo sobre los

² Un amigo del autor, que llegó a ser el segundo de a bordo de la MOI, a las órdenes del checo Artur London, era un judío austriaco de origen polaco, cuya labor en el movimiento de resistencia consistía en organizar propaganda antinazi entre las tropas alemanas en Francia.

intelectuales, el sector que más rápidamente se movilizó bajo el estandarte del antifacismo y que fue el núcleo central de las organizaciones de resistencia no partidistas, pero de izquierdas en un sentido amplio. Tanto la devoción de los intelectuales franceses hacia el marxismo como el dominio de la cultura italiana por personajes vinculados al Partido Comunista, que se prolongaron durante una generación, fueron un corolario de la resistencia. Todos los intelectuales, tanto los que participaron directamente en la resistencia (como Einaudi, el destacado editor del período de posguerra que afirma con orgullo que *todos* los miembros de su empresa lucharon como partisanos), como los que se hicieron simpatizantes de los comunistas porque ellos o sus familias *no* habían sido miembros de la resistencia —es posible incluso que hubieran pertenecido al bando opuesto—, sintieron una fuerte atracción hacia el partido.

Los comunistas no trataron de establecer regímenes revolucionarios, excepto en las zonas de los Balcanes dominadas por la guerrilla. Es cierto que al oeste de Trieste no habrían podido hacerlo aunque lo hubieran deseado, pero también lo es que la URSS, hacia la que los partidos comunistas mostraban una lealtad total, desalentó con firmeza los intentos unilaterales de conseguir el poder. De hecho, las revoluciones comunistas que se llevaron a cabo (en Yugoslavia, Albania y luego China) se realizaron *contra* la opinión de Stalin. El punto de vista soviético era que, tanto a escala internacional como dentro de cada país, la política de la posguerra tenía que seguir desarrollándose en el marco de la alianza antifascista global, es decir, el objetivo perseguido era la coexistencia a largo plazo, o más bien la simbiosis de los sistemas capitalista y comunista, de modo que los cambios sociales y políticos tendrían que surgir de las transformaciones registradas en las «democracias de nuevo tipo» que emergerían de las coaliciones establecidas durante la guerra. Esa hipótesis optimista no tardó en desvanecerse en la noche de la guerra fría, hasta tal punto que muy pocos recuerdan que Stalin instó a los comunistas yugoslavos a sostener la monarquía o que en 1945 los comunistas británicos se opusieron a la ruptura de la coalición que habían establecido con Churchill durante la guerra; es decir, a la campaña electoral que llevaría a los laboristas al poder. No hay duda de que Stalin era sincero cuando hacía esos planteamientos e intentó demostrarlo disolviendo la Comintern en 1943 y el Partido Comunista de Estados Unidos en 1944.

La decisión de Stalin, expresada en las palabras de un dirigente comunista norteamericano de «que no plantearemos la cuestión del socialismo de forma que ponga en peligro o debilite... la unidad» (Browder, 1944, en J. Starobin, 1972, p. 57), ponía en claro sus intenciones. Por razones prácticas, como reconocieron los revolucionarios disidentes, significaba un adiós definitivo a la revolución mundial. El socialismo quedaría limitado a la URSS y al territorio que se le asignara en la negociación diplomática como zona de influencia, es decir, básicamente al que ocupaba el ejército rojo al finalizar la guerra. Pero incluso dentro de esa zona de influencia sería un vago proyecto de futuro más que un programa inmediato para la consecución de nuevas «democracias populares».